

A vertical stream of water droplets of various sizes is falling from the top edge of the page onto a light-colored, textured surface. The droplets are in motion, creating a blurred trail as they fall. The background is a light, grainy grey.

RAFAEL CADENAS
OBRA ENTERA

POESÍA Y PROSA (1958-1998)



OBRA ENTERA

Obra entera

POESÍA Y PROSA
(1958-1998)

RAFAEL CADENAS



POESÍA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (Tierra Firme), 2000
Segunda edición (Poesía), 2009
Primera reimpresión, 2022

[Primera edición en libro electrónico, 2011]

Cadenas, Rafael

Obra entera. Poesía y prosa (1958-1998) / Rafael Cadenas ; prólogos de Darío Jaramillo Agudelo y José Balza — 2ª ed. — México : FCE, 2009
733 p. ; 23 × 15 cm — (Colec. Poesía)
ISBN 978-607-16-0129-2

1. Poesía venezolana 2. Literatura venezolana – Siglo xx I. Jaramillo, Darío, pról. II. Balza, José, pról. III. Ser. IV. t.

LC PQ8549

Dewey Ve861 C115o

Distribución mundial

D. R. © 2009, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada e interiores: León Muñoz Santini

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0129-2 (rústico)
ISBN 978-607-16-0707-2 (electrónico-epub)
ISBN 978-607-16-4743-6 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

Prólogo a la segunda edición.
Un testimonio sobre la Obra entera de Rafael Cadenas,
Darío Jaramillo Agudelo 9

Prólogo a la primera edición.
El presente como epifanía, José Balza 39

Una isla 45

Los cuadernos del destierro 91

Falsas maniobras 135

Derrota 163

Intemperie 167

Memorial 183

Amante 349

Gestiones 407

| | |
|---|-----|
| <i>Realidad y literatura</i> | 485 |
| <i>Anotaciones</i> | 545 |
| <i>En torno al lenguaje</i> | 577 |
| <i>Dichos</i> | 649 |
| <i>Desde Boston</i> | 669 |
| <i>Apuntes sobre san Juan de la Cruz y la mística</i> | 683 |
| <i>Índice</i> | 719 |

Prólogo a la segunda edición
UN TESTIMONIO SOBRE
LA OBRA ENTERA DE RAFAEL CADENAS

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

I. COMIENZO CON UN REPARO

El volumen que contiene la *Obra entera* de Rafael Cadenas lleva como subtítulo “Poesía y prosa”. Mi tarea consiste en dejar el testimonio de lector y resulta embarazoso tener que comenzar con un reparo a ese subtítulo, un reparo que, creo, también resume mi reveladora experiencia con este poeta venezolano, a quien admiro desde la primera y alucinada lectura de *Falsas maniobras*, hace un millón de recuerdos, y que ahora he podido agarrar completo en esta *Obra entera* felizmente editada por el Fondo de Cultura Económica.

Es imposible hallar una frontera clara entre la poesía y la prosa de Rafael Cadenas. Y que conste que con esta primera observación, sólo primera porque proviene de la carátula, no me refiero al invento que hicieron los modernistas de un artefacto infelizmente denominado *prosa poética*, muy seguramente procedente del francés. En sus orígenes y en sus primeras intenciones, la prosa poética de los modernistas poseía sentido y rindió sus frutos. Lo que siguió inficionó la prosa de un tono inspirado y grandilocuente que hoy nos pone a huir a todos, y que alcanzó su soporífero cenit en un exitoso colombiano de entonces, José María Vargas Vila.

No, no estoy hablando de la prosa poética, compendio de elegancia y buen decir, pletórica de alusiones helénicas y de circunloquios *art nouveau*. Cuando aludo a la dificultad de hallar un claro límite entre la poesía y la prosa de Cadenas, me refiero a que, en su *Obra entera*, sin distinguos, es constante la preocupación por el misterio esencial del mundo. En un extremo puede estar, sí, el abordaje analítico, por ejemplo en los *Apuntes sobre san Juan de la Cruz y la mística*, pero aun en estos casos, el intento consiste en

traspasar el umbral de la conciencia, en una indagación interminable donde nos descubre que “la palabra Dios designa lo que no tiene nombre”. El aforismo, con toda su concisión, con el filo que tiene que poseer para cortar una capa ignorada de la realidad o del lenguaje, es también un medio limítrofe entre la poesía y la prosa. Y están, además, los poemas en prosa, prosas que son poemas y que enfrentan, como en toda su *Obra entera*, la luz quemante y enceguedora de las revelaciones, la tiniebla estremecedora de quien mira hacia su adentro.

Aquí, en un punto aparte, se me ocurre una explicación de este singular don. Conjeturo que la tierra estaba abonada. No en vano Venezuela es la tierra de José Antonio Ramos Sucre, que en su breve vida dejó una consistente y misteriosa obra poética escrita en prosa.

2. RAFAEL CADENAS: FECHAS

Ramos Sucre y Juan Sánchez Peláez son los antecedentes más claros en una tradición que heredan dos poetas coetáneos y que, con los dos anteriores, son la más alta contribución de Venezuela a la poesía escrita en castellano durante el siglo xx: Eugenio Montejo (1938-2008) y Rafael Cadenas, nacido en Barquisimeto, estado de Lara, el 8 de abril de 1930. Relata José Balza que, muy joven, ya en Caracas, en la universidad, Cadenas se enfrenta a la dictadura militar desde su militancia comunista y esto lo lleva al exilio. “Importa mucho añadir —escribe Balza— que desde hace casi 40 años se considera independiente y ha sostenido en numerosas entrevistas y charlas que no se debe pertenecer a partidos porque perdemos la libertad.” Vive en la isla de Trinidad, en el delta del Orinoco, “regresa a Caracas en 1956 y durante tres décadas permanece inquietamente inmóvil en la ciudad. Trabaja como profesor de literatura inglesa, estadounidense y española. Traduce a Lawrence, Nijinski, Whitman, Cavafy, Segalen, Pessoa, etcétera”.

Discreto, silencioso, tímido, incómodo en toda figuración, huido de ella, Rafael Cadenas, a pesar de su invisibilidad, es conside-

rado hoy un clásico vivo en Venezuela. El periódico caraqueño *Últimas noticias* del 16 de septiembre de 2001 publicó una encuesta que se hizo a 10 personajes, entre profesores, críticos, periodistas, políticos, historiadores, acerca de los 10 libros que más han influido en los venezolanos en los últimos 60 años. En el resultado predominan los textos de políticos —*Venezuela, política y petróleo* de Rómulo Betancourt es el más mentado—, de interpretación de la realidad (cualquier cosa que eso sea) de historia. Queda poco terreno para la literatura y, en ella, mucho más para la narrativa que para la poesía; tan sólo dos poetas son citados más de una vez: Vicente Gerbasi, y *Cuadernos del destierro* de Cadenas, que es mencionado por tres de los encuestados.

3. UNA ISLA

Una isla, el poemario que abre esta *Obra entera*, puede leerse como una secuencia de poemas que van del amor al desamor. Comienza, sin embargo, con una especie de poética:

Si el poema no nace, pero es real tu vida,
eres su encarnación.
Habitas en su sombra inconquistable.
Te acompaña
diamante incumplido

El amor aparece y el poeta lo reconoce, “vengo de los ojos de una mujer”, y se sabe vencido:

Mi fortaleza,
mi última línea,
mi frontera con el vacío
ha caído hoy.

Y al final, dando tumbos, dice: “Voy de cerco en cerco. Atestiguo derrumbes. Busco lo que solo no puede encontrarse, y se hace tarde”.

4. LOS CUADERNOS DEL DESTIERRO

El comienzo de *Los cuadernos del destierro* es uno de los más sobrecogedores y extraordinarios de la poesía en nuestro idioma: “Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor”. Ya clásico, su perfección lo ha fijado en la memoria emocionada de la tradición oral venezolana y en la curiosidad insaciable de todo aquel que lo oiga por primera vez.

Este comienzo, además, marca el tono de un poema narrativo exuberante, imbuído del aire húmedo y salino y verde del Caribe: “Isla, deleitable antífona [...] Dominio del verde [...] Calles manchadas de fluidos vegetales, de baba ebria, de sexo negro, de mugres provisionales, de hálitos sacros, de africanas flexiones, de alas de loto, de mandarines venidos a menos, de dragones rotos, de fosforescencias de tigre, de aires balsámicos de amplios valles búdicos”. Inevitable pensar en Saint John Perse, en Álvaro Mutis, en las enumeraciones e imágenes de Enrique Molina. Y me refiero al tono porque el poema, lo que dice y la manera de decirlo poseen su propia demoledora fuerza, sus propias demoledoras energías, porque son varias. El paisaje inescapable, los ritos de magia, las liturgias más esotéricas, por ejemplo, pero una sobre todas, una historia personal de transformación, de metamorfosis, de dolorosa y liberadora iniciación.

“¿Dónde está el rostro que me legaron mis padres?” El poema comienza con un descendimiento a los infiernos. El “yo” poético perdió su identidad —“yo no era el mismo”, “yo era el guardián de mi propia desgracia”— y en tiempo presente nos declara: “He resuelto mis vínculos. Ya soy uno [...] Fatídico, doble, sensual, echadas las cuentas para mis logros futuros, me he desposado con un nuevo

esplendor”. En este estado, viene uno de los apartes más líricos del libro:

He entrado a región delgada.

Todo lo que canta se reúne a mis pies como banderas que el tiempo inclina.

Aquí el mundo es una estación amanecida sobre corales.

Ésta es la morada donde se depositan los signos de las aguas, el légamo de los navíos, los mendrugos cargados de relámpagos.

Éste es el huerto de las especies clamorosas, la temporada de arcilla que el océano erige.

Ésta es la fruta de un piélago muerto, la columna desesperada del hambre.

Ésta es la salobre campana de verdor que el fuego crucifica, la tierra donde una tribu oscura embalsama un clavel.

Ésta es la tierra trémula del día, la rosa al rojo vivo inscrita en los anales de la selva.

“Todo aquí es génesis” y “los días lucen desterrados”. El poeta está rodeado de un mundo mágico, atractivo y aterrador al mismo tiempo: “Yo visité la tierra de luz blanda [...] Pasé un día cerca del lugar donde duermen los ahorcados. Era la época que en los brujos habían partido a los campos de arroz destruyendo todos los talismanes”. A la mitad de *Los cuadernos del destierro* viene un balance descarnado: “Mi historia es un largo recuento de inauditas torpezas, de infértiles averiguaciones, de fabulosas fábricas [...] El amor me conducía con inocencia hacia la destrucción” y sigue un largo monólogo, también antológico, que comienza:

Estoy aquí.

Muerto pero aún andando, desnudo, recreado en las hojas de fuego, devolviéndome hacia mi final, dado al tiempo sin armas, espíritu del vino, excelente en el sufrimiento, sin títulos como los resucitados, ojo de huracanes, devorador de sus pies, propenso a falsificar, herma-

nado con la muerte, mimado, entre vocaciones terrestres, victimario y víctima dentro de un mismo silencio...

En *Los cuadernos del destierro* también consta el interludio amoroso, rodeado de un antes de búsquedas y de ansias y de un después de desolación y de vacío. En el entreacto está la locura de la carne:

Sólo tú misma en el acto. Extendida, carnosa, húmeda. Un temblor sin lapso. Sin equívoco. Torbellino en torno de la flor de blando terciopelo, acorazonada, que nace del clima de tus piernas como de un grito nocturno. Flor que se liba. Sombra de flor. En la sinfonía ciega de las corrientes lozana forma de mis manos sin ojos. Cuerno remoto de los rendimientos.

[...]

Amo los blandos linderos de inefable tinte, ondulantes en la selva enana y espléndidamente libre que sobresale de tu cuerpo como mil voceillas frutales, el letífico aroma, el muelle calor, el ansioso temblor. Toda tú adunada por mareas geométricas a mi piel. Toda presión, jadeo, huída, retorno, blancor, demencia. Nadadora. Extensión que amamanta mi vicio. Sombra del láudano sobre mi pesado tiempo.

Después, “como en las estaciones llega el olvido” y “ésta es la historia de un fracaso más”. Entretanto “mi poema llega entre estallidos a su solución. Su última palabra tiene que ser en forma de pregunta y dispuesta como a punto de fuga”. El final se resuelve en incertidumbre —“no puedo predecir lo que vendrá”— y con el narrador “enredado en los hilos como un personaje mal llevado por su autor [...] en el extremo menos iluminado del escenario”.

Los cuadernos del destierro, en su aspecto formal, ha sido visto, y con razón, como un libro atípico en la retórica habitual de Cadenas. Aquí se trata de un desbordamiento, de una catarsis, de una entonación que, el mismo texto lo reconoce al final, es la de un monólogo actoral. No obstante, los problemas esenciales de su poesía, los

misterios más hondos, flotan entre la exuberancia del paisaje y la catarata enumerativa que luego abandonará.

Este libro es fruto de la reflexión que le produce el exilio y en él está la más desgarradora expresión del desterrado: “Mi piel echa de menos tu caricia, tierra”.

5. FALSAS MANIOBRAS Y DERROTA

Con *Falsas maniobras*, acaso sin proponérselo, Rafael Cadenas reiteró su talento para los comienzos inolvidables. Frecuente y merecidamente citado, así comienza *Falsas maniobras*: “Hace algún tiempo solía dividirme en innumerables personas. Fui sucesivamente, y sin que una cosa estorbara a la otra, santo, viajero, equilibrista”.

Aun con la maestría y la contundencia de este comienzo, es claro el cambio de tono con respecto a *Los cuadernos del destierro*. Antes, marcado por la magia del lugar desconocido, extraño al paisaje salobre, embriagado por un lenguaje deliberadamente enriquecido por la complejidad de la experiencia y por el barroco misterioso que se desprende del aire antillano, las palabras son alusivas y la realidad es elusiva. Ahora impera la claridad y cierto retintín de irremediable burla de sí mismo que viene del lenguaje conversacional, que no imposta el tono de lo sagrado, que más bien es un llamado desde lo cotidiano a la conciencia de la propia, a veces inevitablemente cómica y siempre presente, miseria, con el segundo poema del libro, titulado “Pasatiempo”: “Por la mañana exploro las paredes de mi cuarto en busca de nuevos agujeros. Pongo en ellos cartón piedra, jirones de ropa inservible, trozos de periódicos. Encima les pego pequeñas tarjetas con vehementes recados. Son exhortaciones anotadas apresuradamente en letra grande”. Pero así como *Los papeles del destierro* es un desollamiento en clave iniciática, *Falsas maniobras* es también un desollamiento, sólo que en clave conversacional, como quien habla del clima. “El monstruo” es literalmente eso, la descripción de un desollado y comienza así: “El hombre sin piel se levanta

tarde, evita los comunes tropiezos, rehuye toda relación. Cualquier rozamiento, que en nosotros no pasa de producir cierta sensación de pérdida, a él se le puede transformar en un desarreglo prolongado...”.

En *Falsas maniobras* nos habla un hombre común, débil, mezquino, que se examina con desasimiento y un humor involuntario que procede de la literalidad de las descripciones, por ejemplo, con respecto a la prisa: “En una ciudad instalada sobre la prisa fue condenado por incurrir en retraso [...] Salía disparado como se le indicaba, pero siempre terminó deteniéndose a ver pasar a los otros [...] Los que iban a gran velocidad lo apremiaban desde sus propias inmovilidades”. El “yo” poético procede de un personaje que no entiende las reglas de juego que le toca vivir y que inventa sus propios hábitos. Ante la agresividad, por ejemplo: “Cuando un rostro se vuelve amenazante, lo desdibujó pacientemente [...] De noche practico esa cautela. Me acerco al rostro, recuerdo todos los incidentes, tomo un trapo húmedo, ordinario, maligno con el que deshago suavemente el dibujo”. Este personaje tiene su propio gimnasio con los siguientes elementos:

[...] Una esterilla para hacer contorsiones que producen olvido.

Un hueco en triángulo donde me oculto para no ver.

Una cuerda donde me castigo por toda la prudencia del día.

Un artefacto en forma de O en el que me doblo para evitar los reclamos de mi conciencia.

Una barra horizontal sobre la cual me río de mis intenciones.

Una tabla donde doy golpes innecesarios que podrían estar mejor dirigidos.

Un pequeño extensor de idiota que me estira por todos los frutos que no tomé, los actos que no hice, las palabras que no me atreví a decir.

Una sogá donde extorsiono mi brazo derecho por todas mis indecisiones, olvidos, cambios.

En el mismo tono, entre desparpajado y cómico, velando porque el poeta no sea el iluminado sino el más falible, el más impráctico, el más torpe de los hombres, Rafael Cadenas le canta al fracaso:

Cuanto he tomado por victoria es sólo humo.
Fracaso, lenguaje de fondo, pista de otro espacio más exigente, difícil
de entreleer es tu letra.
Cuando ponías tu marca en mi frente, jamás pensé en el mensaje que
traías, más precioso que todos los triunfos.
Tu llameante rostro me ha perseguido y yo no sabía que era para
salvarme.
Por mi bien me has relegado a los rincones, me negaste fáciles éxitos,
me has quitado salidas.
Era a mí a quien querías defender no otorgándome brillo [...]

Estos poemas admiten una lectura literal y desprevenida, donde un hombre común, demasiado tímido y común, admite sus desajustes con el mundo. Pero también, sin ningún ánimo de crítico de realidad, dedicado con saña a los cauterios y arañazos que el poeta se inflige a sí mismo, *Falsas maniobras* desnuda los desajustes del mundo, la prisa, la siempre estúpida prisa, la competencia, el mercado del éxito y el fracaso. Sólo que lo hace sin señalarlos, más bien con un susurro que quiere ser objetividad y no queja, el poeta habla de su propia condición.

El poema que mejor expresa el tono de *Falsas maniobras* es “Derrota”, a la vez el poema más antologado y más conocido de Cadenas. También su comienzo es un referente obligado de la poesía venezolana: “Yo que nunca he tenido un oficio”, y se desarrolla como enumeración acumulativa donde se autodefine como “imbécil y más que imbécil de nacimiento” y con todas las debilidades imaginables. Con esto logra una identificación, entre hilarante y azorada, del lector con el poema: es sencillo, todos nos hemos sentido así y se necesita ser demasiado imbécil para no haberse sentido imbécil alguna vez. Se han señalado algunas semejanzas de “Derrota” con “Tabaquera” de Pessoa: si bien ambos son una confesión de fracaso, nada más diferente que el tono de estos maravillosos poemas. “Derrota” es, además, el poema emblemático de una época, de una generación y su perduración insinúa que es, también, el poema necesario para ciertos momentos de la vida.

6. INTEMPERIE

Transcurrieron 11 años, entre 1966 y 1977, para que aparecieran más libros de poemas de Rafael Cadenas después de *Falsas maniobras*, cuando vieron la luz *Intemperie* y *Memorial*.

En *Intemperie* hay un cambio de tono con respecto a los anteriores libros. En *Los cuadernos del destierro*, según vimos, la salmodia ceremonial y el tono acezante del exorcismo exigen la adjetivación y la exuberancia propias de una liturgia. Hay un “yo” poético diferente al “yo” de *Falsas maniobras*, que susurra sus declaraciones de ineptitud frente al mundo y reconoce en su coloquio —sin aspavientos ni recriminaciones— todas las atrocidades de su corazón. He dicho que hay humor en este libro y ahora me corrijo. Hay risa, sí, pero no proveniente de una intención humorística: nos reímos por el modo tan directo, tan descriptivo, de los desajustes que siente frente al mundo. Nos reímos por identificación. Nos reímos para no echarnos a llorar.

En *Intemperie* también hay un “yo” poético, pero su tono es muy otro. Éste reniega, se queja y llega a calentarse en el poema y a hacerse advertencias: “Los gritos deben quedar para el cuarto”:

Ya sé.

Hay que escribir con distancia —no lejanía—
para, sobre todo, propiciar el pudor [...]

Aquí, sospecho que sólo en apariencia, pierde el control. O si es de verdad que lo pierde, se tendría que concluir que, aun así, mantiene una descarnada lucidez y se expone a sí mismo en el poema:

Que cada palabra lleve lo que dice.

Que sea como un temblor que la sostiene.

Que se mantenga como un latido.

Quiero exactitudes aterradoras.

Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.

“Estamos hasta los huesos de tinieblas”, dice, y esta declaración casi puede entenderse como la síntesis de una larga crisis:

Se hunde uno,
se atasca,
se desoye
y vuelve a unirse. Un pantano.
No es broma.
Hay encallamientos peores que la ilusión.

Encallado en la noria de la rutina, “en una antesala donde todos trajinan para olvidar”, la queja es por las privaciones del empantamiento:

Ya el delirio no me solicita.
Vivo sobre la sal, levantándome y cayendo, día tras día. Como, ando, me acuesto sobre lo que me sostiene sin pedir una aclaración, sin esperar nada. Soy cuerpo. Me llamo tensión, debilidad, silencio, piel, nervio, olor, yerro. Me arrastro, toco hierba, me hago suelo. Lo inefable no me quiere.
Hace años dejé de preguntar. Desistí en un filo.

7. MEMORIAL

Memorial es el nombre del otro volumen publicado en 1977 por Rafael Cadenas. El libro reúne varios conjuntos con fechas sucesivas: *Zonas* (1970), *Notaciones* (1973) y *Nupcias* (1975).

En *Anotaciones*, un conjunto de reflexiones sobre la poesía, en cierto modo clave de lectura de sus propios textos, dice Cadenas: “Los libros se forman solos. Van haciéndose al hilo de los días como una historia. Nunca me he propuesto ‘escribir un libro’. Ellos nacen, como mis palabras, con el vivir cotidiano. Mi reflexión es fragmentaria. Los ‘poemas’ son momentos”. Esta apreciación parece

mucho más ajustada a *Memorial* que a sus anteriores libros, que los veo más orgánicos, con un trabajo de escogencia o de orden de los poemas que, en mi caso de lector, les confiere una especie de argumento. En *Memorial* los poemas aparecen mucho más “con el vivir cotidiano”. En cuanto al otro punto de la cita, “mi reflexión es fragmentaria”, se me antoja capital en la obra de Cadenas, tanto así que, aparte de la fragmentación como clave de lectura de los poemas, el tema es central en ensayos como *Literatura y realidad* y *Apuntes sobre san Juan de la Cruz y la mística*, si bien su tratamiento es distinto.

En *Memorial* se van superponiendo poemas o series de poemas, unos en verso y otros en prosa, casi al azar, casi todos muy breves y ninguno aislado, todos conectados con el contexto inmediato, de modo que el clima anímico se sostiene en secuencias. En *Zonas*, por ejemplo aparece un amor, un amor que se prolonga de modo que “cada encuentro nos protege de la memoria”. Es allí en donde aparece esta hermosísima declaración de amor:

Siempre traes a esta sequedad la fragancia
del misterio.
Siempre eres igual
a lo que me sostiene.

Pero también acechan los enemigos, los fanáticos, los inquisidores. Acecha y acosa alguien dentro del “yo” que nos habla porque “la palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué”, sin cansarse de expresar de mil maneras el mismo autoreclamo en todas sus variantes: “Es recio haber gastado días, meses, años en defenderse sin saber de quién. Recio no poder ver el rostro del que asedia. Recio ignorar lo que nos devasta”. En la primera parte de *Notaciones* la sensación es de vacío, de sequedad. La palabra “nada” se repite como referente irremediable, la pérdida, la intuición de haber tomado siempre el rumbo equivocado, ese no hallarse, de nuevo esa fragmentación:

Nada es pleno en nosotros,
los más escindidos.
Ni el sufrimiento.
Espejos que se miran
Dividiéndose.

El mismo tono de abdicación — así se titula uno de sus más hermosos poemas — posee la última parte de *Notaciones*. Y en medio de las dos partes una serie de poemas breves, brevísimos, *Presencia*, sobre los ojos, y que se cierra con uno de los textos más conocidos de Cadenas:

¿Qué hago
yo detrás de los ojos?

Allí está ese consejo, menos conocido, que por sí mismo define la actitud general de esta poesía, cualesquiera que sean los tonos que adopte:

Deja que los ojos
se recuperen de ti.

La última parte de *Memorial* se titula *Nupcias* y es, ya su nombre lo dice, un conjunto de poemas predominantemente amorosos. Antes, en un breve poema en prosa, ya ha calibrado el valor del asunto: “Sólo he conocido la libertad por instantes, cuando me volvía de repente cuerpo”. Aquí se trata de un amor áspero y los poemas en general son de catarsis:

Estas líneas
no son poemas.

Respiraderos...

“Florece en un abismo” ha escrito y el amor —a pesar de sus rispideces— es el único refugio:

Tu cuerpo
es la sal
que en definitiva
acalla como una música
el sordo rumor de la fuente envenenada.

8. *AMANTE*

El subsiguiente libro de Cadenas, *Amante*, apareció en 1983. El “yo” poético se dirige a una parte de sí mismo que parece ajena, el amante que existe dentro de él, pero actúa como un visitante, a veces como alguien extraño:

Llegas
no a modo de visitación
ni a modo de promesa
ni a modo de fábula
sino
como firme corporeidad, como ardimiento, como inmediatez.

La originalidad de este libro amoroso consiste en que el interlocutor de la voz poética es alguien que está entre el mismo pellejo, quien actúa en el trance amoroso y que puede ser descrito por el yo poético como si fuera otro a quien se observa con la distancia de un desconocido:

Soy sólo espectador.
Una nostalgia
me toma.
Como un lamento de la piel.

Ella te inició,
pero yo deambulo frente a la puerta,
aun sabiendo que no me debo a mí.
—Ni un solo átomo mío es mío—.

“Ni un solo átomo mío es mío.” Ya lo había dicho en *Derrota*: “No soy lo que soy ni lo que no soy”:

No sé quién es
el que ama
o el que escribe
o el que observa.
A veces
entre ellos
se establece, al borde,
un comercio extraño
que los hace indistinguibles.
Conversación
de sombras
que se intercambian.
Cuchichean,
riñen,
se reconcilian,
y cuando cesa el murmullo
se juntan,
se vacían,
se apagan.
Entonces toda afirmación
termina.

9. *GESTIONES*

El conflicto de identidad —los que soy, los que no soy, los que fui, los que me invaden, otros que van y vuelven, al interior de la piel—, que se revela en los diferentes tonos y registros en sus libros, continúa en *Gestiones* (1992):

¿Quién es ese que dice yo
usándote
y después te deja solo?

No eres tú,
Tú en el fondo no dices nada.

Él sólo es alguien
que te ha quitado la silla,
un advenedizo
que no te deja ver, un espectro
que dobla tu voz.

Míralo
cada vez que asome el rostro.

Las partes que cierran *Gestiones* son *De poesía y poetas* y *Rilke*. Allí encuentro, en un poeta que desde su primer verso está indagando quién es y enunciando definiciones de sí mismo, la frase que más aproximadamente sintetiza a Cadenas como poeta:

Soy
apenas
un hombre que trata de respirar
por los poros del lenguaje.

También allí se manifiesta la más desnuda retórica de este poeta, acaso el no-lente para leerlo:

No quiero estilo,
sino honradez.

10. REALIDAD Y LITERATURA

Hablé de conflicto de identidad cuando más bien debí referirme a la ardua lucha por la eliminación del yo. Así lo plantea Cadenas en el primero de los ensayos de esta *Obra entera*, titulado *Realidad y literatura* y fechado en 1972.

Al iniciar este comentario comencé por decir que no encuentro frontera entre la prosa y la poesía de Rafael Cadenas. Y esto es evidente hasta la página 487 de la *Obra entera*, cuando los poemas en prosa o en líneas quebradas se alternan con absoluta fluidez. En la página 487 comienzan los ensayos y allí la prosodia, el orden del discurso, el rigor de las citas, todo, pareciera conducir a hallar en estas diferencias el abismo limítrofe entre la poesía y la prosa de Cadenas. La diferencia incide también en mi comportamiento como lector. El ensayo exige una concatenación mental, una continuidad, que no es condición necesaria para leer poesía. En el caso concreto de mi experiencia con *Obra entera* leí los poemas primero uno tras otro, pero luego me devolví interminables veces sobre un determinado poema, sobre cierto verso, gobernado simplemente por el azar. Si nos atenemos a estas convenciones, está legitimado el subtítulo de “poesía y prosa”. Existe, sin embargo, una identidad mucho más profunda: es sorprendente la coherencia entre las indagaciones de los ensayos y los destellos de los poemas.

Realidad y literatura parte de la famosa carta de John Keats a Richard Woodhouse del 27 de octubre de 1818, donde afirma que el poeta “no tiene yo” y reafirma que “un poeta es lo menos poético de la existencia, ya que carece de identidad”. Cadenas se pregunta en

qué consiste esa carencia y emprende un análisis de la percepción. Cree, con Valéry, que “la mayoría de las personas ven mediante el intelecto más bien que con los ojos” y cita al autor del *Cementerio marino*: “... perciben más según un léxico que de acuerdo con su retina”. Para Cadenas “este mecanismo de abstracción, aunque indispensable para el hombre, es en cierto modo responsable de su miseria. Lo ha dotado de la capacidad de manejar ideas, pero a cambio de alejarlo de las cosas”.

El daño está allí:

La mente es una parte con pretensiones de todo [...] Pero la mente no se presenta en el mundo como mente; lo hace en forma de *yo*; al referirnos a alguien no pensamos en una mente sino en un *yo*. El *yo* es un centro personal creado por la mente [...] De la sensación a la palabra hay un trecho, el espacio de una magnificencia, pero también de un desequilibrio: los seres humanos, en lugar de demorarse en ese espacio silencioso en que ocurre el contacto primordial, acuden apresuradamente a refugiarse en las palabras.

Advierte Cadenas que el problema no consiste “en que hemos desembocado al pensamiento y no al hecho de haber pretendido fundar nuestra vida sobre él. Como medio de conocimiento, el pensamiento es limitado, y en la vida su efecto es negativo cuando invade zonas que no le corresponden, cosa que ocurre constantemente. Es este último aspecto el que más nos interesa subrayar. “El pensamiento, como la palabra, se basa en la memoria”, precisa y, por lo tanto,

[...] la palabra tiene una carga de pasado, emotiva, intelectual, física, que choca con la frescura de la sensación, absorbiéndola, asimilándola a su marco, quitándole su fuerza prístina. Un polo doblega al otro polo, produciéndose la supeditación de lo real a lo abstracto [...] la relación hombre-universo tiene lugar entonces a través de la mente que se desentiende de la sensación [...] Pero ¿cómo despertar a la incandescencia del mundo, cómo hacer de los sentidos verdaderas fuentes de vida, cómo

romper la “marmita intelectual”, como llamaba Lawrence a la mente cuando la veía por su cara usurpadora?

Para Cadenas la pregunta es crucial y la respuesta es descorazonadora: “Dentro de nuestra cultura, y probablemente dentro de cualquier otra, hay una total incompetencia para habérselas con este problema”.

Con respecto a la poesía, su papel para ayudarnos a salir de esta encrucijada consiste en que “el nombrar poético estaría encargado de acercarnos a la cosa y dejarnos frente a ella como cosa”. Para conseguir ese logro la poesía deberá superar el culto exagerado por el lenguaje —“no quiero estilo sino honradez”, dice el poema de *Gestiones*—, y tiene un papel difícil: “Le asignábamos un trabajo doloroso, un trabajo que tiene mucho de desenmascaramiento, y completábamos la idea de una literatura implacable”.

En fin, a lo que aspira Cadenas es a una “soberanía de lo sencillo, lo natural, lo que está ahí, todo lo cual es, al mismo tiempo, el misterio”. Se trata de “establecer una relación directa, no basada en la ideación, con los seres y las cosas”, en fin, de un mundo “en el cual las ideas ocupen un lugar más modesto”.

II. ANOTACIONES

Realidad y literatura parte de la cita de Keats, se alimenta de otros autores de la literatura y llega a conclusiones en el mismo plano de la literatura, de la poesía. Pero todo el desarrollo de este ensayo, todas sus implicaciones, trascienden el terreno de lo meramente literario y apuntan al desbarajuste fundamental, irremediable y progresivo de las reglas del juego de la sociedad humana y de la manera como el individuo desarrolla sus facultades y ordena sus valores. Un conocimiento más abarcador, más abiertos los sentidos al misterio del mundo, más entregados al silencio de la mente —no se puede oír y pensar al mismo tiempo—, sin prisas ni frivolidades, una desyoización: he ahí la aspiración, al parecer irrealizable, todavía sin camino.

El ensayo, pues, va más allá de lo que plantea, deja de lado la literatura —no sin antes recordar que ésta es asunto de minorías y que a los escritores “en realidad, los oye poca gente y el mérito de sus dones no les corresponde del todo” — y se expulsa en terrenos que tocan con los procesos de percepción, de abstracción, de verbalización y memoria y con la manera como ellos han construido, acorralándolo, al hombre actual, en fin, la palabra no se menciona en el ensayo pero se trata de un texto metafísico. Y como decía Machado, y el mismo Cadenas lo recordó en las palabras de agradecimiento cuando, en 2001, la Casa de Poesía Pérez Bonalde le dedicó la semana de poesía: “Poetas sin una metafísica son sólo señoritos que hacen versos”.

Anotaciones (1983) va más directamente al poema y a la poesía. En cierto momento llega a los enunciados de una (anti)estética que bien se acomoda a la experiencia que he tenido como lector de sus versos:

El poema es una forma, un molde, un artificio.

¿Cómo hablar con naturalidad dentro de ese marco cada vez más estricto, de esa pauta hoy tan compleja?

El poeta tiene que aprender un modo peculiarísimo de expresión, volverse especialista, ocultar; lo que está reñido con mi modo de ser.

No quiero apartarme de la voz con que vivo.

En la presentación de una entrevista publicada en 1998 por *El Universal* la autora, María Ramírez Ribes, comienza por decir que “Rafael Cadenas es probablemente el único poeta en Venezuela que agota cualquier edición”. Conjeturo que esto se debe a que se trata de un hombre que respira “por los poros del lenguaje” y que sus lectores aprendemos de él, nos llenamos de sus palabras, liberadoras porque invitan a vaciarnos de palabras. Cadenas está en las antípodas de cierta poesía: “Según muchos poetas modernos, es de mal arte decir, decir algo. Creen que todo está en ocultar, poner en clave, hacer difícil el hallazgo del presunto tesoro”. Sin aludir a ella, Cadenas se está

refiriendo a una división —¿histórica, biológica?— entre clases de poetas, creo que permanente, y que en nuestra lengua se patentiza con el enfrentamiento entre Góngora y Lope de Vega. Góngora piensa que la misión del poeta es bruñir el lenguaje, ir en arabescos, sin asir nunca el objeto, rodeándolo, describiéndolo sin nombrarlo, elusiva y alusivamente. En el otro extremo, Lope de Vega defiende la difícil facilidad, el camino más directo —que seguirá siendo el más sorprendente—, la capacidad de descubrimiento, la fuerza poética del habla, el lenguaje de todos los días:

Ese que llama el vulgo *estilo llano*
encubre tantas fuerzas que quien osa
tal vez acometerle suda en vano,
y su facilidad dificultosa
también convida y desanime luego.

Lope contra Góngora, Góngora contra Lope, pato contra cisne, cisne contra pato. En las polémicas e insultos que los enfrentaron se encuentra en blanco y negro la antinomia que vengo examinando. En un poema “a los apasionados por Lope de Vega”, escribe Góngora:

Patos del agua chirle castellana
que de su rudo origen fácil riega
y tal vez dulce inunda nuestra vega,
con razón Vega por lo siempre llana...

Lope reacciona furioso diciéndole: “Zambúllome de pato por no verte, ¡oh calavera cisne!” y la polémica se enriquecerá más tarde con Quevedo quien, no obstante, contribuirá a la preeminencia de los usos cultistas.

Las posiciones antinómicas continúan a lo largo de la historia y, en esa prolongada toma de posiciones —que, sospecho, irremediablemente obedece a diseño mental— Rafael Cadenas se sitúa: “Estoy lejos del poema como cosa de arte”. Cadenas halla que “la poesía mo-

derna tiende a convertirse en un *corpus* hermético. Se hace para un círculo de iniciados; por los poetas para los poetas. Forman un pequeño *ouroboros*. Los poetas, al decir de Cocteau, son ‘mandarines que se susurran secretos al oído’ ¿Qué ha pasado? ¿Se trata de un *fatum* histórico? ¿Es un tremendo desvío?” Más adelante responde a esta pregunta de manera concluyente: “¿Cuántos espejismos engendra el pequeño *ouroboros* de los poetas condenados a escribir para poetas!”

Para nuestro poeta “la poesía tiene que ver esencialmente con la vida [...] En la poesía se ha de sentir el sabor de eso que, siendo lo más presente, no conocemos”. Por esto mismo, a partir de una cita de R. H. Blyth —“La verdadera vida poética es la vida corriente de todos los días”—, Cadenas señala que “la frase podría servir de punto final a toda una historia, la de una poesía que pretendió constituirse en un mundo autónomo, una poesía poco religiosa, una poesía que no vio nunca la insondabilidad del mundo real, corriente, ordinario, ese mundo que un cambio de mirada puede hacer centellear, pues un grano de arena es tan asombroso como un sol; ambos pertenecen al misterio”.

Contra toda prescripción retórica, contra todo sistema o posición de escuela, desde la vida, Cadenas se pregunta y se responde:

¿Qué me ha llevado (o traído) como de la mano, naturalmente, a un *inestilo*? Mi rechazo a toda literatura en la que se siente, sobretudo, el deseo del autor por lucir sus atavíos, mi rechazo a la brillantez, a la locuacidad demasiado “inteligente”, a la facilidad de expresión casi siempre vecina del facilismo perezoso, automático, habitual, del surco verbal acostumbrado; mi rechazo a la ingeniosidad, más reñida con el espíritu que la misma ineptitud expresiva; mi rechazo a todo lo que no ha sido trabajado. Prefiero, prefiero no, se me impone la vía humilde, casi torpe, trabajosa, que por encima de todo va en busca de la expresión necesaria.

Como una ascética, Cadenas adoptó desde siempre una marginalidad que obedecía a imperativos íntimos, a fuerza de ser excluyentes

con los de la república literaria. Poco después de 40 años de la publicación de su primer libro, esa marginalidad ha sido aceptada por la fuerza misma de los hechos y hoy Cadenas, sin renunciar a su actitud, de seguro por esa misma actitud, es un clásico vivo de la poesía en nuestro idioma.

12. EN TORNO AL LENGUAJE

En torno al lenguaje apareció en 1985. Allí, Cadenas —refiriéndose a Venezuela en unos juicios que bien pueden extenderse a todo el ámbito de la lengua— señala la decadencia y el empobrecimiento del idioma. El tema no se refiere al bien decir, a la elegancia o al engolamiento y tiene raíces mucho más profundas: “Hablar y pensar son funciones que se vinculan de modo indisoluble”, dice Cadenas, de modo que “podría afirmarse que, en gran medida, el hombre es hechura del lenguaje”.

Dedica un capítulo a Karl Kraus a quien cita cuando dice: “La civilización actual es una vasta conspiración contra todo asomo de vida interior”. Según Cadenas, en Kraus “se juntan dos obsesiones: la crítica a nuestra civilización y el culto a la lengua, así como una nota más específica: la visión de la crisis moderna a través de la decadencia del lenguaje”.

El siguiente capítulo se refiere a las alarmas planteadas en *El defensor* por don Pedro Salinas, que lo llevan a señalar “la enorme responsabilidad de una sociedad humana que deja al individuo en estado de incultura lingüística” y pinta el cuadro de esta manera:

¿No nos causa pena, a veces, oír hablar a alguien que pugna, en vano, por dar con las palabras, que al querer explicarse, es decir, expresarse, vivirse, ante nosotros, avanza a trompicones, dándose golpazos, de impropiedad en impropiedad, y sólo entrega al final una deforme semejanza de lo que hubiera querido decirnos? Esa persona sufre como una rebaja de su dignidad humana. No nos hiera su deficiencia por vanas

razones de bien hablar, por ausencia de formas bellas, por torpeza técnica, no. Nos duele mucho más adentro, nos duele en lo humano; porque ese hombre denota con sus tanteos, por los empujones a ciegas por las nieblas de su oscura conciencia de la lengua, que no llega a ser completamente, que no sabemos nosotros encontrarlo. Hay muchos, muchísimos inválidos del habla, hay muchos cojos, mancos, tullidos de la expresión.

Plantea Cadenas que en Venezuela — y donde dice Venezuela léase cualquier país, que yo sepa léase Colombia— “nunca se ha enseñado castellano. Lo que se ha hecho es majar la cabeza de los estudiantes con el estudio que más aleja del idioma y con mucha frecuencia lo torna aborrecible: el estudio de la gramática. Ésta ha sido una pernicioso confusión”. Cadenas ve en la enseñanza de la literatura, del gusto por la lectura ociosa, la vía de salvación del idioma. Critica las escuelas de letras y afirma que “se necesitan maestros y profesores que tengan un gusto genuino por la literatura [...] Éste no es un problema de técnicas o metodologías o programas sino de sensibilidad. La sensibilidad es el elemento que no puede estar ausente”.

13. *DICHOS*

Hace poco tiempo, un editor ingenioso lanzó una colección de aforistas. Unos porque lo son, como Jules Renard o Litchenberg. Otros porque son autores que poseen el don especial de soltar perlas que resaltan en medio del poema o el párrafo. De este modo el editor en cuestión imprimió libros de aforismos de Montaigne y de Oscar Wilde, aforismos que en realidad son subrayados de sus escritos. Sin duda se trata de escritores con vocación aforística. En México, un lector cuidadoso se dedicó a seleccionar aforismos entre los poemas de Francisco Hernández, un excelente poeta de estirpe aforística.

Rafael Cadenas es, igualmente, un poeta de estirpe aforística. Y en su caso por un doble motivo: es autor de aforismos y en sus

poemas y ensayos abundan las expresiones con vocación aforística. “Los lectores de poesía buscan, en el fondo, revelaciones”, escribe Cadenas, y un buen aforismo es precisamente eso, una revelación. Gozne entre prosa y poesía, la escritura aforística de Cadenas es otro buen argumento para derruir las fronteras entre poesía y prosa que él mismo ya había demolido en *Anotaciones*: “Soy prosa, vivo en la prosa. La poesía está allí, no en otra parte. Lo que llamo prosa es el habla del vivir, que siempre está traspasado por el misterio”.

Sin intentar ser exhaustivo, sin repetir algunos ya citados, repasando al azar los subrayados de esta *Obra entera* copio algunos destellos aforísticos entresacados de poemas o de ensayos:

- Escribo como quien se inclina sobre el cuerpo que ama.
- Solamente llevo lo que me he quitado.
- Estamos hartos hasta los huesos de tinieblas.
- Cada quién lleva un fantasma incómodo.
- Realidad, una migaja de tu mesa es suficiente.
- Un día, de tanto verte, te vi.
- ¿Dónde estabas tú a mi lado?
- La palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué.
- Sé que si no llego a ser nadie, habré perdido mi vida.
- Florecemos en un abismo.
- Lo andado nos sitia.
- Todo desenmascaramiento de nosotros mismos, aunque resulte doloroso, nos acerca a la verdad. Desenmascarse no es más que desprenderse de lo inesencial.
- Todas las palabras que se digan sobre el silencio están condenadas por él mismo. Esta fatalidad descalificadora lo protege de antemano.
- La quiebra de la lengua es la quiebra de la cultura, de la sociedad y del espíritu.
- El lenguaje está cargado hasta los bordes de tiempo. Nos sumerge en el pretérito o nos lo trae a nuestro hoy.

- El principal aporte de la radio parece ser volver estridente la vulgaridad, aporte por lo demás superfluo en nuestro medio.

Dichos, el volumen de aforismos de Cadenas, fue publicado en 1995. En una nota al pie, el poeta anota: “Comencé a escribir estos *Dichos* en 1970; llevaban el nombre de *Irreflexiones...*” El libro es breve, cosa que se le agradece a un libro de aforismos y, por lo mismo, son bastante atinados y responden a las obsesiones principales del poeta. Con mi propio lápiz, al margen, he subrayado mis preferidos. He aquí algunos:

- Sondar en ese extraño que uno es. Pero ¿quién indaga? Alguien perdido sale a buscar a alguien perdido.
- Vivir en el misterio: frase redundante.
- No hay diferencia entre lo ordinario y lo extraordinario.
- El pensamiento ignora lo infinito: pero tampoco conoce fundamentalmente lo finito, si bien se mira, pues éste no puede concebirse fuera de lo infinito.
- Todo hombre es antiquísimo, pero no lo quiere saber.
- Lo esencial no es de ninguna época.
- No se puede escribir cosa valedera sin haber estado en el infierno.
- Cubres lo que los otros descubren.
- Sólo en un sitio puede ser derrotada una sociedad: en el pecho de cada hombre.
- Nada natural es malo. Hay que vocear esa frase. Ponerla como grito en el cielo.
- Desde que vi mi pobreza dejé de sentirme pobre.
- Cuando nada pedimos, el mundo destella.
- Tú creas la voz; pero ella también te crea.

Ya en *Realidad y literatura* Cadenas había negado su fe en alguna trascendencia distinta a la que encuentra en el mundo material y en la ídole humana. Vale la pena copiar *in extenso* esa desgarrada visión:

No creemos en ninguna tradición espiritual, en ninguna idea, como idea, en ningún símbolo, ningún culto, ningún cielo. ¡Se ha especulado tanto! ¿Nunca nos cansaremos? Orientes, alquimias, sistemas, drogas, filosofías, métodos, espiritualismos. Ilusiones. Sólo conocemos una realidad: el ser humano sufriente, incapaz de vivir con plenitud, incapaz de lanzar por la borda los problemas autocreados, incapaz de ponerle fin al dolor; el ser humano, víctima de su propia psique, de sus opiniones, sus ideas, sus prejuicios; el ser humano ahogado por su miedo —el telón de fondo real de su vida—; el ser humano crucificado por su existencia mecánica, vivida como repetición, llena de rigideces; el ser humano que “proyecta” su angustia en todo lo que hace, creando división, sufrimiento, agonía; el ser humano atenazado por sus propios productos: odios, afán de notoriedad, deseo de poder, todo para no verse y para sentirse y para compensar su propia importancia en el cuadro de las cosas; el ser humano consciente del desastre que ha creado y sigue creando, pero como imposibilitado para detenerse. Cualquier idea brota de este mismo marco y no hace más que nutrirlo; nutrir la historia del hombre, la épica del error.

Me preguntaba cómo puede alguien, con esa perspectiva, leer a san Juan de la Cruz. Y en este ensayo me encuentro la confirmación de su punto —“la palabra Dios designa lo que no tiene nombre”— y, de entrada una admiración no carente de críticas a la mística cristiana en general y a san Juan de la Cruz en particular; les señala desprecio por las criaturas, el trato del cuerpo como enemigo. Admira, sí, su lenguaje, su don para “acuñar expresiones indelebles”, como aquélla de que el alma debe irse “quitando quererés”.

Para Rafael Cadenas “las religiones se han secado” y la búsqueda

no está afuera, en lo invisible; retoma la frase de Eckhart —“Dios está más cerca de mí que yo mismo”— para afirmar que el misterio está aquí, que no hay vías iniciáticas: “Tal vez cuando se prescinde de la idea de camino, de distancia a recorrer y cobra su intensidad el presente, puede sentirse la cercanía del misterio”. En efecto,

Solemos hablar del misterio del universo sin incluirnos, como de cosa ajena, como si no formáramos parte de él, como si no le perteneciéramos. A estas alturas podríamos darnos cuenta de que ese misterio nos constituye; de que somos misterio, de pies a cabeza; de que el misterio está en cada poro, cada célula, cada átomo que nos forma. El espacio más familiar, el espacio donde nos movemos, el espacio cotidiano, es el mismo de las estrellas.

15. FINAL

Rafael Cadenas es un poeta que leen los poetas con respeto creciente. A pesar de sus prevenciones, sin duda justificadas, acerca de las mercancías de valores, prestigios y éxitos que circulan en la república literaria, Cadenas es un autor respetado y premiado y admirado entre sus colegas. En Venezuela es considerado hoy un clásico vivo y comienza a extenderse este juicio entre los poetas del ámbito hispánico. No obstante que se niega en sus poemas a seguir la retórica imperante, y se impone liberarse de cánones, liberarse para ser liberadores, la crítica lo acoge, de seguro por la misma razón, porque canta a su modo personal e intransferible y esto lo vuelve único.

Existen muchos lectores de literatura que están prevenidos con la poesía. Y con razón, con las mismas razones que Rafael Cadenas está prevenido. A estos lectores les recomiendo, a la fija, la lectura de *Obra entera*. No le aconsejaría a alguien ajeno a la poesía que se vaya de vacaciones acompañado del *Polifemo* de Góngora, o del *Poema heroico a san Ignacio de Loyola* de Domínguez Camargo, o con los versos de Lezama Lima, aún más, temería por mi error entregárselo

a ese lector la obra de José Antonio Ramos Sucre. Pero no dudo en recetarle la *Obra entera* de Rafael Cadenas. Poesía de creciente prestigio entre poetas, a pesar de eso se deja leer con verdadera pasión por los simples mortales, pues deliberadamente ha sido escrita para ellos desde su misma mortalidad, desde la vida que reivindica siempre.

Cadenas posee el don de la fluidez, una fluidez que no es fruto de la facilidad sino del empeño en la precisión. Esto lo convierte en un poeta para poetas, que lo es, y en términos superlativos, aun contra sus intenciones. Pero es algo más. Por esta fluidez, es un poeta que pueden leer quienes habitualmente leen libros distintos a la poesía. Será una lectura apasionante, ya dije que fluida, y tendrán en sus manos a un poeta que les dirá cosas nuevas, que volverá palabras asuntos que todos sentimos sin poder verbalizar, que les revelará sensaciones profundamente humanas y que — con un guiño, con un horror sensato — les ayudará a conocerse.

Prólogo a la primera edición
EL PRESENTE COMO EPIFANÍA

JOSÉ BALZA

“A veces tengo la fantasía de que las quinientas o mil personas que dirigen al mundo —¿cuántas son?, nadie las ha contado— sufran una transformación, se vuelvan religiosas en el sentido más hondo de la palabra —aquí incluyo las que forman las diversas jerarquías de las religiones institucionales— y las veamos destruyendo las armas, defendiendo de veras la naturaleza, protegiendo en todas partes la vida, como expresión de lo que ellos llaman Dios [...] La posibilidad de que ocurra el milagro se desvanece y yo maldigo a los gobernantes, científicos y técnicos que llevan a cabo la siniestra tarea.”

Quizá resulte extraño encontrar frases como éstas en un libro que se aproxima a la mística y a san Juan de la Cruz. Pero tal vez la vibrante atención de Rafael Cadenas al presente, a la vida total, permita que ambos temas confluyan con ardor en su manera de sentir y pensar.

No es nada nuevo en un poeta como él. Si vemos los versos escritos cuando tenía quince años (*Cantos iniciales*, 1946), sentimos irrumpir en ellos de inmediato una húmeda sensación de presente. Cuanto entonces probablemente surgió como impulso íntimo y personal encontró en la experiencia y en otras situaciones y autores una raíz común. De manera natural y enigmática, el vivir, la conciencia de vivir o la investigación sobre el vivir se convirtieron en un eje magnético de su obra, de su transcurrir cotidiano. Decir esto parece simple, pero sólo recorriendo la escritura del autor podemos vislumbrar en tal actitud una compleja forma de descubrimiento, de solidaridad, de asombro. Una prolongada lucha por revelarse a sí mismo, mediante raro esfuerzo, la brújula vacilante que permitiera el proceso.

Cadenas nace el 8 de abril de 1930 en el estado de Lara, Venezuela, una región de grandes extensiones áridas, aunque Barquisimeto, su ciudad natal, estuviera entonces rodeada de árboles y cercana a un pequeño río. Algo de ese pasado desértico cruza por casi

toda su poesía: concisión, calidez, soplo. Tal vez la excepción expresiva sea *Los cuadernos del destierro*, de prosa lujosa y fraseo complejo. Algo del “trópico absoluto” percibido por otro gran poeta, Eugenio Montejo, transpira en este volumen escrito durante el exilio (1952-1956) de Cadenas en la isla de Trinidad.

Cadenas ha confesado que no sabe de dónde le viene su gusto por la literatura. Pero nada cuesta vislumbrar en aquella familia provinciana, donde el padre comerciante le trae libros, el germen de su entusiasmo por la lectura. A partir de los doce años escribe las cartas que su abuelo le dicta. Éste, un general pobre y olvidado, buen lector y contador de anécdotas sobre su propia vida; los padres afectuosos, numerosas tías, hermanos y una especie de aya indígena forman la red de vínculos que envuelven delicadamente al niño y al adolescente.

Como hemos dicho, escribe tempranamente. Y lo curioso es que en tales intentos ya parece estar definida no sólo una personalidad estilística sino también la búsqueda de ciertas constantes flexivas.

Tempranamente acoge el riesgo político. Es la época de su militancia comunista. Pasa a Caracas y a la universidad, y no tardará en enfrentar a la dictadura militar. Es entonces cuando sale exiliado hacia Trinidad. Después anotará: “Sólo en un sitio puede ser derrotada una sociedad: en el pecho de cada hombre”. Importa mucho añadir que desde hace casi cuarenta años se considera independiente y ha sostenido en numerosas entrevistas y charlas que no se debe pertenecer a partidos porque perdemos la libertad, que es indispensable para la realización del individuo, designio central en la vida de Cadenas. De ahí su oposición a los *ismos*.

Regresa a Caracas en 1956 y durante tres décadas permanece inquietamente inmóvil en la ciudad. Trabaja como profesor de literatura inglesa, estadounidense y española. Traduce a Lawrence, Nijinski, Whitman, Cavafy, Segalen, Pessoa, etcétera.

Hondas razones psíquicas lo apartaron gradualmente de la turbulencia política y lo comprometieron en un exigente proceso de in-

trospección: de la espontánea relación comunitaria al problema del yo. De esta figura psíquica y sus abismales poderes pasa a la orientación del alma como energía hacia lo inmediato, lo otro Bien logra decirse: “No se puede escribir cosa valedera sin haber estado en el infierno”. La angustia será una vía para advertir la infidelidad del sí mismo y para tratar de revelarle el esplendor del presente: “Solemos hablar del misterio del universo sin incluirnos, como de cosa ajena, como si no formáramos parte de él, como si no le perteneciéramos. A estas alturas podríamos darnos cuenta de que ese misterio nos constituye, de que somos misterio de pies a cabeza; de que el misterio está en cada poro, cada célula, cada átomo que nos forma. El espacio más familiar, el espacio donde nos movemos, el espacio cotidiano, es el mismo de las estrellas”.

Así va comprendiendo Cadenas la relación entre la cotidianidad y lo sagrado, el misterio; entre nosotros y la naturaleza. Él afirma: “La separación entre naturaleza y cultura nos mete en dificultades de las cuales es difícil salir. Pero hay que ver la obra humana como continuación de la naturaleza, como naturaleza en otra forma”. Y también: “Para mí todo es sagrado porque todo pertenece al misterio. ¿Un criminal sería sagrado? Podría preguntar alguien, en son de polémica, y la respuesta tendría que ser no. No, pero la vida en él sí, precisamente lo que él mismo ignora: si lo supiera no sería un criminal. Tal vez hasta tendría conciencia de la peligrosidad que mora en el ser humano”.

En esas décadas y en la siguiente aparecen sus libros de poesía, aforismos y ensayos: *Los cuadernos del destierro* (1960), *Falsas maniobras* (1966), *Memorial* (1977), *Intemperie* (1977), *Realidad y literatura* (1979), *Anotaciones* (1983), *Amante* (1983), *En torno al lenguaje* (1985), *Dichos* (1992), *Gestiones* (1992), *Apuntes sobre san Juan de la Cruz y la mística* (1995).

Pero los años de inmovilidad caraqueña desembocan en dos contrastes: su obra silenciosa comienza a ser premiada. Recibe en 1984 el Premio Nacional de Ensayo, en 1985 el Premio Nacional de Literatura, en 1991 el Premio San Juan de la Cruz, en 1992 el Premio In-

ternacional de Poesía J. A. Pérez Bonalde, en 1993 el Premio de la Fundación Mozarteum de Venezuela. Y paralelamente desde 1987 se inician los grandes viajes, de entre los cuales mencionaremos solamente, por ejemplo, el que ocupa todo un año a Boston. Allí visita dos veces Concord, el pueblo de Emerson y Thoreau, así como el bosque donde este último vivió. También va a la casa de Robert Frost, asiste a dos seminarios breves en Harvard. Visita Nueva York. Lee sus textos aquí y en Boston.

Poco después va a Francia, becado por la Fundación Mozarteum. Reside por dos meses en la Cité des Arts de París. Después pasa un mes en Londres y el siguiente en España. Sigue hacia Roma, Florencia y Varsovia. Permanece dos días con los traductores de la abadía de Royaumont.

Desde entonces ha vuelto a algunos de esos mismos países o recorrido otros. En el Festival de Medellín de 1998 lee sus poemas ante cinco mil personas. En verdad, su poesía ha sido reconocida desde siempre, y numerosas antologías en español y en otros idiomas así lo demuestran.

En un grato libro de conversaciones, la entrevistadora María Ramírez Ribes le pregunta:

—¿Qué es poesía, entonces?

—Se sabe lo que es poesía cuando ocurre el encuentro.

—Pero antes del encuentro es algo que no se puede definir.

—Sí, yo creo que no tiene mucho sentido eso, definir.

Ese “encuentro” quizá tenga que ver con lo que apunta en *Anotaciones*: “Frente al poema, estamos en contacto con palabras que se reaniman en nosotros, que dependen de nuestra respuesta para cumplirse. El modo de recibir las es lo que hace el poema”. Movimientos ambos que confluyen así: “Los lectores de poesía buscan, en el fondo, revelaciones”. En el poema, que es una totalidad integrada a la macrototalidad del libro, pervive un rasgo fragmentario, rasgo que se repite en el pensamiento ensayístico o aforístico de Cadenas. Mucho de nuestro mundo actual nos impele hacia lo fragmentario. Pero no nos engañemos: “La historia misma nos lleva o nos trae a la escri-

tura fragmentaria [...] La fragmentación del mundo tal vez conduce al fragmento, o a todo lo contrario, a la obra ordenadora”.

El encuentro y la revelación constituyen una cadena de refracciones extensa y simultánea: lector y autor, autor y texto, vida y texto, vida y vida, términos que pueden ir de atrás hacia delante o viceversa, porque “la literatura refleja nuestro desencuentro, y vale como tal, en su errancia”.

Desencuentro y revelación que existen en un reino del cual somos parte: la realidad inmediata. El poema puede ser una forma que surge de la realidad, pero ésta se constituye también con su reflejo verbal. “El reino: lo más presente, lo más oculto.”

Decir esto es reconocer que somos naturaleza, que ella está en nosotros íntegramente y que nuestro cuerpo es el lugar de fusión entre nosotros mismos, lo oculto y lo natural. Así, la pregunta última sobre el misterio puede conducirnos a una respuesta desconcertante: al reconocer la vida, la energía, el reino en que nos desenvolvemos y al cual deberíamos igualarnos con fervor, tal vez estaríamos practicando una identificación con Dios: “Si alguien se identifica con Dios es causa de alarma” (*Apuntes sobre san Juan de la Cruz y la mística*). Somos Dios porque éste no posee atributos ni potencias superiores: nos constituye, como al mundo. (Este tema, desde luego, debe ser visto con la óptica de Cadenas contra el “yo”. No se trata de una diferencia sino de aceptar humildemente una continuidad en la línea de la energía vital, cósmica.)

Ahora podemos comprender mejor la extraña unidad de esta poesía: desde la intuición puberal hasta la luz adulta, desde la ceguera hasta el instinto y la inteligencia flexible. Unidad que contrasta, transita y, sin embargo, se opone a la prosa del autor. No deja de ser interesante tocar este punto. En *Gestiones* ha dicho que “el poema está donde menos se esperaba/donde nadie lo buscó”; también afirma que “no quiero estilo, sino honradez”. Y en *Memorial*: “Templa la noche el habla/que busca ajustarse/más allá de todo efecto”. La obra de Cadenas pasa con tal espontaneidad del verso económico a la prosa explícita que casi no lo advertimos. Pareciera que un singular

sentido del habla hiciera equilibrada la transición. (“En la escritura poética siempre habrá un claroscuro, no la claridad total, la claridad de Apolo.”)

Esto es así poéticamente. Pero cuando el autor acude al pensamiento, en los inolvidables ensayos *Realidad y literatura* y *En torno al lenguaje* o en sus libros de aforismos, entonces la prosa cambia de tono y el pensador trata de que su llamado sea nítido. “En la prosa hay como una resolución de los problemas, de los conflictos, pero en la poesía no, más bien en la poesía los conflictos son como la materia del texto.”

No es fácil diseñar una imagen sobre la personalidad y la obra de Cadenas. Constituye a la vez una figura central y lateral en la diversidad de la poesía venezolana y latinoamericana. No sé de otros autores que hubiesen escogido la “ruta del instante, la ruta de la atención” como destino. Pero hay coincidencias en el esplendor conceptual y expresivo de su trabajo con el de Huidobro y el de Octavio Paz, con el de José Antonio Ramos Sucre y Sánchez Peláez.

Quiero cerrar estas líneas trayendo dos frases de Cadenas que quizá complementen lo dicho hasta ahora o que permitan vislumbrar mejor su sentido cotidiano del vivir y su apuesta consoladora hacia la fusión entre poesía y vida. Dice una: “La risa es un gran don que alivia de la oscuridad”. Y la otra: “La esfinge siempre nos cita”.

Caracas, junio de 1999

UNA ISLA

Infeliz bajo la tiranía,
infeliz bajo la república,
en una suspirábamos por la libertad,
en otra por el fin de la corrupción.

CZESLAW MILOSZ,
citado por OCTAVIO PAZ

Hablo de una alta condición, antaño,
entre los trajes, en el reino de girantes claridades.

ST. JOHN PERSE

SI EL POEMA NO NACE, pero es real tu vida,
eres su encarnación.

Habitas
en su sombra inconstable.

Te acompaña
diamante incumplido

REMEMORO

una temporada

esculpida

en ébano

llena

de ofrecimientos,

donde las albas

son frágiles.

Altar

de un delta.

El agua

se expande

en la memoria.

VENGO DE UN REINO extraño,
vengo de una isla iluminada,
vengo de los ojos de una mujer.
Desciendo por el día pesadamente.
Música perdida me acompaña.

Una pupila cargadora de frutas
se adentra en lo que ve.

Mi fortaleza,
mi última línea,
mi frontera con el vacío
ha caído hoy.

SOLA,
insegura,
apremiante
palabra,
casa sin atavíos.

Para ella desearía
la fuerza
de los árboles.

País mío, quisiera
llevarte
una flor sorprendente.

APRENDIÓ EL SECRETO de las ciénagas antes de rendirse. El verde incendio extendió sus brazos sobre ella. Sucumbió a manos de la luna.

Ciudad en fuga, cercada por espesos batallones.

ESCRIBISTE: “Estos muros se hacen transparentes cuando te siento.

Mañana traigo los libros.

Te besa”.

Mi libertad había nacido tras aquellas paredes. El calabozo núm. 3 se extendía como un amanecer. Su día era vasto.

El pobre carcelero se creía libre porque cerraba la reja, pero a través de ti yo era innumerable.

A UN ESBIRRO

Rostros deben andar por su café, por sus calles de llanto, por el
humo de su cigarrillo.

Han de buscarlo voces, perseguirlo por las frías carreteras.

¡Cuántas puertas rompió vestido de hombre!

¿Cómo halló tanta tiniebla para vencer la zumbante nube de ojos
fijos?

Un paisaje insomne que hable para él.

PERDIDO follaje.

Caminé en la confusión por viejos muelles, bajo lunas de bauxita,
hacia otros brazos.

Pero siempre regresaba, siempre fui presa fácil de conquista.

Indiferente sólo conservé la postura.

MÚSICA ENTREGADA en el desastre.
Mis manos han sentido crecimientos.
El amor ya no avanza ahogándose en preguntas.

Claridad sin quimera se insinúa, lenta.

MUELLE de enormes llamas.

Navíos que viajan al sol,
música de tambores,
sales desencajadas,
niños desnudos,
marineros que descargan plátanos.
Ciudad de corazón de árbol, humedades
temblorosas, juncos que danzan.
La luz golpea mendigos,
divide el mundo en dos memorias.
Mi frente se hunde en la cesta del mediodía.
Soy latido, sonrisa, adoración.

PIÉLAGO COMO FRUTA que acerco a mi boca.

Isla, mi respiración, el que desheredaste para que se sostuviera con su memoria, te invoca.

En ti vivió, creció como un beso, enflaqueció frente a la luna, fue conquistado.

Ahora hace ofrendas a cielo abierto, se ahoga sin clave, se sostiene en su naufragio.

Desde entonces es un habitante.

CON SONIDOS DE SELVA la bailarina danza en la noche sucia.
Carbón vegetal.
El hálito verde de su cuerpo que gira en un pozo azul salpica
las mesas.
Su risa en la densa luz rasga ojos inseguros.
A la puerta alguien vela.

TÚ QUE CAMINAS esta noche en la soledad de la calle, vas llena de
besos que no has dado.

Del amor ignoras la escritura prodigiosa.

Aunque no me conoces, en mi cuerpo tiembla el mismo mar que
en tus venas danza.

Recibe mis ojos milenarios, mi cuerpo repetido, el susurro de mi
arena.

DICK, HARRY, CECIL. Gira el carrusel
de los amantes en la noche de asfalto.
No importa.
Ellos pasaron, pero tú estás frente a mí,
sólo de ti, de nosotros, puedo dar constancia.

LUMINOSAS BIENVENIDAS de la tierra.
Cielo plateado, subyugadas colinas, plantaciones
de coco, tren de nubes, olor de viandas.
Alfombra mágica de los labios.
Regia marcha. El camino está lleno
de palmeras grises.
Vamos hacia San Fernando.
Recorreremos la ciudad de madera y su sortilegio
de vívida noche nos encantará.
Tú y yo solos e inmensos levantaremos nuestra rosa
a las tinieblas
arqueadas sobre un cigarrillo.
Las tinieblas dulces.

CONEY ISLAND

Rosa de claras risas
que golpea siempre
un mismo jirón de luz
y a un blanco río
de trópico
que duerme
girando,
 girando
en la noche
amante.

RECUERDO el amanecer cuando muy lentamente las cosas
regresaban,
recuerdo el amanecer rodeando el puerto, su débil luz
que nos reunía separándonos,
recuerdo el amanecer cayendo sobre ti, sobre mí,
sobre el patio, la casa de madera, las cercas de zinc,
recuerdo el amanecer cuando se tendía en las cortinas,
las telas adheridas a su rostro, su masa amarilla
en tu voz adormilada,
recuerdo el amanecer en tu cabellera negra tumbada
sobre el lecho o bañándose de ti o dejándote su fragancia,
recuerdo el amanecer al levantarte, ir al mercado, hacer
el desayuno, su derrame en los jardines, las prendas
que traía.
Es otro el amanecer ahora.

Armada, la memoria salta de súbito para morder.

TE EXTIENDES, camino de arena, más suave que la memoria de un
ciego.

Salimos a recorrer la ciudad.

Tú te tiendes sobre una tibia hojarasca,

Más tarde me encuentras, tocas mi hombro y te vuelves
noche.

UNA URBE ÁSPERA sella mi boca.

Yo viajo a los espacios transparentes.

Conmigo está tu chal de lana, el viejo fonógrafo que cuidabas tanto,
tus zarcillos con que ibas al mercado, tu pulsera de oro, la vajilla
humilde.

El perro que nos despertaba pasa su hocico por mi lecho.

No es magia, sencillamente nada he olvidado a no ser que existo
sin ti.

FUEGO BURLADOR DE CÓDIGOS. Encantamos la noche.
Nos posee el momento, nuestro anillo de boda.
Fuera de él sólo hay nombres.

•

Tus pies —raíces
de la iglesia
que se apoya
en mis ojos— calzan
un sol
de islas.

•

Aquí los días de los amantes tienen una lentitud
antigua
y sus bocas no se vuelven declinantes rescoldos.

•

Me despiertas, apagas las lámparas,
traes el día.

•

Me entregas olvido,
profundo olvido de terrores,
olvido anonadante,
olvido oscuro.

•

Aun la luz que sale al camino desde tu casa me
toca como un cuerpo.

•

La noche nos recibe en su gran recinto sólo cuando
todo recuerdo ha sido dejado en la puerta.

•

Nos miramos como quienes despiertan.
Estamos en un sitio que no sabemos nombrar.
Nos construimos sobre lo arrasado sin comprender
este auge.
Sólo déjame contemplarte, centro caoba del temblor.

•

Mujer, mi suelo, tan real.

•

Llegué.
Entonces el mundo corrió a ocultarse en tu cuerpo,
nos albergaron lugares que no existían
y manó el licor de los momentos perdidos.

•

Cómo disponías tu cuerpo bajo cúpulas lujuriosas
para la reanudación de la fábula.

•

Nadie presagiaba ciudades crueles.

FANTÁSTICO POZO de niño.
Mis ojos creen olvidar y no pueden.

Recuento.
No me alcanza la memoria, de maravilla a maravilla.
Cada día es otra invitación,
pero no bastan los nombres
para mostrar la joya preferida de Raleigh.

I

Tristes anales horadan las costas.

Días torturados en medio de una ebriedad.

Encantamiento que cubre una zozobra.

Me prolongo por veredas sangrantes como dilatado
resto de legión.

II

Me entrego a estas arenas donde el brillo rescata.
Aquí soy. Sin pensar.

III

Dones.

Lentos navíos sobre las aguas bruñidas.

Senderos que se esconden en el verdor.

Bungalows, y el acuerdo en la noche que nos
transporta.

IV

Verdes ilesos.

¿Sobrevive aquí el hondo designio?

V

En esta playa no me pregunto quién soy ni dudo
ni ando a tientas.

Claros potestades imperan aquí, ahuyentan ráfagas
de aniquilación, aúnan lo roto.
Inician.

VI

Rostros sumergidos reaparecen en la oscuridad
del cuarto.
Derrame de ayer, dádiva inasible, náufragos.
Sin ellos me desprendo de mí.

VII

Lentitud sagrada. Hemos dejado pasar los días desde
un vasto olvido. Nos anegó la indolencia. Entregamos
las armas. El sitio duró poco.
Desheredados, el lugar se adueñó de nuestra historia.
La volvió espera.

VIII

La claridad rodea nuestro letargo. Una calma nos encuentra. Las mareas tocan a nuestra puerta para despertarnos. Juntos somos anteriores a nosotros.

Para que nuestros ojos sean claros hay exilios.

IX

¡Cuánto hemos andado!
Nuestros sentidos se enriquecieron con extrañas donaciones. Allí la tierra nos permitía ser. Nuestra memoria, antes adueñada, dejó de escoltarnos.

X

Contemplo el desatado verde, la danza del mar frente a nuestra casa, la lluvia que lleva la miseria de la ciudad por pasadizos vegetales. Se aproxima la noche en Point Cumana; aún permanece cierta luz, zumo de ocaso. Lejos resuenan barriles metálicos. Se oye un calipso en el follaje rey. No pienso. Se olvida aquí. Es magnífico.

FRAGMENTOS

Escribo
como quien se inclina sobre el cuerpo que ama.

•

Vivos como plumajes quedarán estos espacios.

•

La que encanta las orillas llega sin más escolta que el deseo.
Hebra que conduce fuera del pensamiento.

•

¿Quién presagiaba diásporas, cruentas escrituras,
tierras de castigo?

•

El mapa se me antoja un hombre arrodillado
que crece cuando me quedo solo, miro alrededor
y reabro mi memoria.

•

La noche habla a las puertas.

•

Un canto oscuro estremece la madera.

•

No teníamos nada y éramos magníficos.

•

Cerca como mi traje,
lejos como un barco después del adiós.

•

Quita tu cuerpo del espejo
y
oblígalo a ser nube.

•